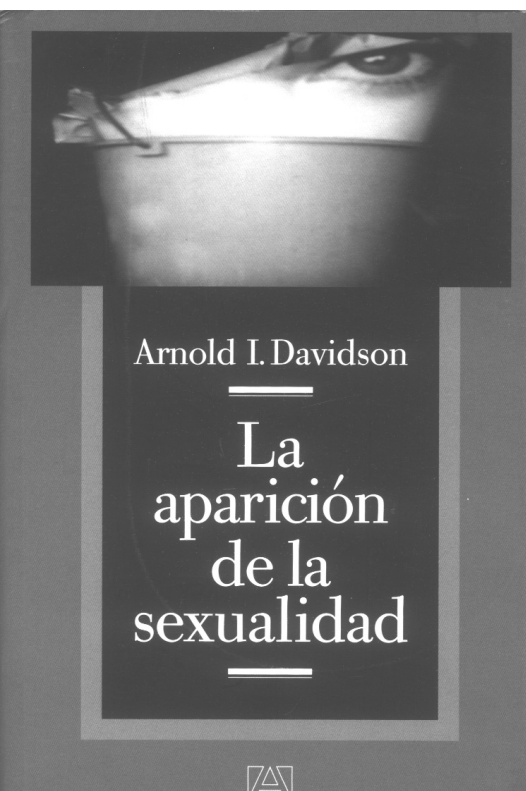

la aparición de la sexualidad*



“Epistemología histórica y formación de conceptos,” subtítulo con el que A. Davidson nos ofrece la clave de lectura del libro, serie de estudios –conferencias, “que ponen en práctica esta perspectiva y sus procedimientos respecto a nuestra experiencia de la sexualidad”¹. ¿Su objetivo? Permitir a cada lector la experiencia que Michel Foucault expresaba como un “desprenderse de sí” mediante la arqueología de una otredad histórica.

El autor toma sus precauciones epistemológicas y metodológicas, con las que conforma su original ángulo de abordaje, explícitamente elaboradas en los últimos capítulos. Así por ejemplo “la distinción foucaultiana entre la experiencia de la sexualidad y la experiencia de la carne” le permite “subrayar la génesis histórica específica y singular de nuestra experiencia de la sexualidad”.²

Fundando su encare en criterios wittgensteinianos Davidson sostiene

* Arnold I. Davidson, Ed. Alpha Decay S.A., Barcelona, 2004.

1 Prefacio del autor a la edición francesa, p. 10.

2 Capítulo dos.



ne que la sexualidad –no así el sexo– es un objeto wittgensteiniano, pues su nombre emerge junto con un estilo de razonamiento, el de la psiquiatría naciente, y carecemos de la posibilidad de aprehenderlo por fuera de ese contexto. La perversión y la histeria son los ejemplos *princeps* que le permiten destacar el momento de la apropiación por parte de la medicina de territorios hasta entonces vecinos, es decir no medicalizados. La historia de la psiquiatría en el siglo XIX se plantea para Davidson como el nacimiento de una práctica discursiva, nuevo estilo de razonamiento, emergencia de un conjunto de conceptos ligados por reglas en torno a un nuevo objeto para ese discurso, un objeto llamado sexualidad.

Interesado en el campo freudiano y en la práctica analítica Davidson dedica un capítulo al problema de cómo hacer una historia del psicoanálisis y lo ejemplifica en un magistral estudio de los *Tres Ensayos...* Para quienes preocupa y ocupa la crítica histórica de los conceptos con los que se ha tramado la construcción teórica del psicoanálisis este libro trae aportes no sólo interesantes. La crítica arqueológica iniciada por M. Foucault proseguida por Davidson y algunos más, como su interlocutor Ian Hacking, podrá quizá interesar al diletante

en antiguas curiosidades históricas, pero subrayemos que sus trabajos, así como los de los estudios gays y lesbianos, son de absoluta pertinencia para el presente, es decir para la posibilidad de situar en forma crítica y en el contexto actual las teorizaciones de la práctica psicoanalítica. Esto no implica desconocer también su gran interés para otras prácticas discursivas del campo *psi*, en particular la psiquiatría.

Los capítulos que dedica a las cuestiones de epistemología me resultaron particularmente importantes en una lectura que no dejó de atraparme en cada giro del problema. En su análisis sobre los estilos de razonamiento³ Davidson interroga a la historia del arte, a Meyer Shapiro, a Heinrich Wölfflin, para “comprender en qué las cualidades expresivas se corresponden con elementos formales y estructurales en el arte” y aproximar con esos análisis los cambios en el estilo de las prácticas discursivas. Si al decir de Wölfflin “todo cuadro tiene dos autores, el artista y su siglo” ha de ser posible establecer aquello que se imponía a los autores simplemente porque respiraban la atmósfera de su época y que forma parte de la trama con la que inauguraron las nuevas prácticas discursivas. Así por ejemplo la palabra “perversión,” señala Davidson, está en dis-



continuidad conceptual radical en el uso que hace de ella un San Agustín y un Krafft-Ebing, discontinuidad disimulada por la continuidad del término.

¿Acaso el historiador podría tener algo en común con el ejercicio de la jurisprudencia? El diálogo con la obra de Carlo Ginzburg le permite a Davidson criticar los avances actuales del positivismo poniendo en discusión la relación pruebas-observación. Las pruebas ponen en juego códigos sutiles que, por ejemplo, para descifrar los documentos de los inquisidores exigen al lector actual “aprender a captar en la superficie lisa del texto, la sutil interacción de amenazas, miedos, ataques y retractaciones. Hemos de aprender a desenredar los diversos hilos que forman el tejido textual de estos diálogos, dice Ginzburg en este texto citado por Davidson.”⁴

Por distintas vías la relación del individuo y su contexto pasa a estar en el corazón de la cuestión a tratar, cuestión del autor y también del lector. En este punto Davidson interroga los trabajos de M. Foucault en el contexto de los trabajos sobre epistemología que le precedieron en Francia, léase G. Bachelard y G. Canguilhem, y de un historiador como P. Haddot, para precisar nociones como las de “epistemé” y de “dispositivo”. El libro ¿se cierra?

con un trabajo sobre “Foucault, el psicoanálisis y el placer”.

Para lectores inquietos y críticos el libro proporciona desarrollos muy interesantes. Su estilo es ágil, muchas veces ligado a la práctica del conferencista, y – a pesar de su volumen– la diversidad de abordajes del mismo problema mantiene despierto el interés a lo largo de sus páginas. Al menos fue nuestra experiencia por lo que no vacilamos en recomendarlo vivamente.



Raquel Capurro

